

Bdelicleonte.—Unos la llaman pérsida, otros, la nombran pelliza.

Filocleonte.—Yo pensé que era una pelliza de esas que fabrican en Timetis.

Bdelicleonte.— ¡Es natural, si nunca has ido a Sardes! Si eso fuera, ya lo hubieras reconocido. ¿Pero ya la vas conociendo, o no?

Filocleonte.—Ni ahora tampoco, por Zeus. Más bien se parece a la capota de pellejo que usa Morico.

Bdelicleonte.—No. Estas se tejen en Ecbatana.

Filocleonte.—¿En Ecbatana se tejen estas tripas de lana?

Bdelicleonte.— ¡No, señor, son los bárbaros los que las hacen tejer y bien que les cuesta la obra! Esta túnica les ha de haber costado todo un talento de lana.

Filocleonte.— ¡Ajá!, entonces la llamaremos pierde lana más bien que pelliza, ¿no crees?

Bdelicleonte.— ¡Quieto ahora: voy a intentar ponerte esta túnica!

*La pone con gran trabajo, ante la renuencia de su padre.*

Filocleonte.— ¡Ajá, qué calor; me está quemando esta túnica!

Bdelicleonte.—¿Te la has de poner o no?

Filocleonte.— ¡No, no por Zeus...!

Bdelicleonte.— ¡Pero, señor...!

Filocleonte.—Si me la has de poner a fuerza, mejor méteme en un horno.

Bdelicleonte.—Si tú no, yo te la pongo. *(Al esclavo):* Vete tú.

*Le pone la túnica a su padre.*

Filocleonte.—Pon siquiera cerca un gancho.

Bdelicleonte.—¿Y eso para qué?

Filocleonte.—Para que me saques antes de que quede yo hecho caldo.

Bdelicleonte.— Y ahora ven acá: Quítate esos horrosos zapatotes y ponte estas sandalias de Lacaonia.

Filocleonte.— ¡Nunca jamás! No las pondré a mis pies. "Ay, de enemiga gente las sandalias hostiles."

Bdelicleonte.— Anda, papito, mete el pie y pisa el suelo lacedemonio.

Filocleonte.—Me estás haciendo ofensa cuando quieres que yo huelle tierra de enemigos.

Bdelicleonte.— Una ya está, ahora la otra.

Filocleonte.—Eso sí que no: uno de sus dedos tiene odio a los de esa tierra.

Bdelicleonte.—No queda más que hacer.

Filocleonte.— ¡Ay, infeliz de mí! Ya en mi vejez puede que me salgan sabañones.

Bdelicleonte.—Déjate de cosas. Acaba de ponerte las sandalias. Y aprende a caminar como los ricos; todos en vaivén y zarandeándose como afeminados.

Filocleonte.— Mírame. Pon atención a mi modo y dime a quien de los ricos me parezco.

Bdelicleonte.— ¿A quién? ¿A quién será? A un encordio cubierto vestido con dientes de ajo.

Filocleonte.—Bah, ahora sí me deseo ir por esos caminos ondulando las caderas.

Bdelicleonte.—Y ahora, a otra cosa: ¿serás capaz de decir un discurso delante de personas bien formadas y con letras en el alma?

Filocleonte.—¡Claro que sí!

Bdelicleonte.—¿Y de qué puedes hablar?

Filocleonte.—¡Ay, ay, de cuántas cosas! Primeramente, de cómo Lamia sorprendida, hizo resonar un ruido sospechoso. Y luego como Cardopión, cuando hablaba de su madre...

Bdelicleonte.—¡Nada de cuentos... Cosas que toquen al hombre. Algo que toque a la vida de todos los días!

Filocleonte.—Eso claro que lo sé. Lo que toca a la vida de casa. Estoy recordando aquello de que "En cierto tiempo había una rata y una comadreja..."

Bdelicleonte.—¡Ay, qué hombre. No tienes nada de cultura! Bien lo decía ya Teógenes: ¿Quién puede hablar entre gente culta de ratones y comadrejas?

Filocleonte.—Pues, entonces, ¿de qué hablo?

Bdelicleonte.—¿Ehé? De cosas grandes. De cuando fuiste como enviado con Androclés y Clístenes.

Filocleonte.—¡Nunca he ido en embajadas! Sola una vez fui a Paros, y me dieron dos óbolos.

Bdelicleonte.—Siquiera será preciso decir la forma que Eufodión luchó en el pancracio contra Ascondas. Y ganó, aunque era muy viejo, ya con los cabellos canos, pero tenía buenos lomos, y buenos brazos y piernas y un pecho, que era coraza dada por naturaleza.

Filocleonte.—¡Calla, calla...! Dices nada. ¿Cuándo se lucha al pancracio con coraza?

Bdelicleonte.—Pues eso solían contar los que se creen entendidos. Pero vamos a otro punto. Si alguna vez te hallas en un festín con extranjeros, ¿qué hecho de tu vida pudieras narrarles, en especial de cuando eras un joven en toda fuerza varonil?

Filocleonte.—Algo, algo muy famoso... cuando le robé a Ergasión sus palos de sostén de vides.

Bdelicleonte.—¡Ay, me estás matando! ¿Qué palos, ni qué palos? Cuenta mejor en qué forma acosaste a un jabalí, o a una liebre, o pudiste llegar a la meta, sin que se apagara tu antorcha, con lo cual demostrarás tu vigor de joven.

Filocleonte.—Ahora me estoy acordando que cuando era un jovencito fui de los más atrevidos. Tuve cuentas con -- Faulo, un corredor de profesión, lo acusé por haberme injuriado y le gané por dos votos.

Bdelicleonte.—Está bien. Ahora, recuéstate, y ve aprendiendo cómo se comporta uno en un banquete de sociedad.

Filocleonte.—¿En qué forma me recuesto? Véme lo diciendo.

Bdelicleonte.—Con mucha decencia.

Filocleonte. (*Se acuesta en la tierra.*)—¿Así quieres que me recueste?

Bdelicleonte.—¡No, señor!

Filocleonte.—¿Cómo, pues?

Bdelicleonte.—Alarga bien las rodillas, y como si fueras un gimnasta, échate bajo las mantas. En seguida ponte a alabar los vasos de bronce que veas por ahí, mira bien el panel de la pared, admira las tapicerías del cuarto. Ya te -- traerán aguamanos, te lavas y comenzamos a comer cuando pongan bien las mesas. Luego vienen las libaciones.

Filocleonte.—¡Por los dioses!: ¿eso es sueño o es realidad?

Bdelicleonte.—Ya comienza la flautista su canción. Los que están en el convite son Teoro, Esquines, Fanos, Cleonte y un desconocido a la cabecera, o que yo no sé quién es. Está también el hijo del Acestor. Ahora con ellos intenta seguir el canto.

Filocleonte.—Bien.

Bdelicleonte.—¿Verdad?

Filocleonte.— ¡Mejor que un ranchero, bah!

Bdelicleonte.—Veremos. Supón que yo soy Cleonte y voy a cantar el Armodio, y tú tienes que continuar.

(Cantando): — "Nunca hubo un hombre en Atenas...

Filocleonte.—Tan ladrón y tan bandido...

Bdelicleonte.—¿Eso vas a cantar? Te hará pedazos, te destruirá, te echará de la ciudad...

Filocleonte.—Y a mí ¿qué? Por Zeus que le canto otra.

"Hartado el hombre de totalitarismo, hará de la ciudad un supremo abismo.

Pero su fortuna está en el contrafiel."

Bdelicleonte. — Pero, ¿no ves que Teoro, recostado junto a los pies de Cleonte, va a cantar, mientras le aprieta la mano:

"Tú conoces muy bien la historia de Admeto, y de todos los valientes eres amigo..."?

¿Qué le respondes tú?

Filocleonte.—Así como quiera yo le respondería:

"No está el tiempo para ser zorro y ser amigo de los dos partidos."

Bdelicleonte.—Pero después Esquines, el hijo de Selo — ha de responder — como que es hombre listo y músico también — y cantará así:

"Riqueza y vida a Clitágoras como a mí con Tesalia..."

Filocleonte. (Cantando).—"Ah, cuánto has tú derrochado — y yo lo mismo que tú..."

Bdelicleonte.—Vaya, no lo entiendes mal, al menos en esta parte. Supón que vamos ahora a cenar con Filoctemo. (Alza la voz): ¡Vamos, criados, Croiso, pon en una canastita lo que tenemos que comer! Un día del año que nos emborrachemos.

Filocleonte.—¡Eso sí que no: es muy malo beber mucho! El resultado es puertas que se rompen, golpes que se dan, pedradas que se arrojan y al día siguiente, cuando pasó el efecto del vino, pagar el costo de tales tropelías.

Bdelicleonte.—Eso sí que no. Si te hallas entre gente de pro. Ellos te ayudarán a dar excusas tras los estropicios y tú mismo podrás calmar a todos con un cuentecillo, al estilo de Esopo, o de los de Síbaris, de esos que se cuentan en sobremesa y tú has aprendido bien. De esta manera todo queda en paz. Se reirán los que reclaman y se irán por su camino.

Filocleonte.—Voy a tener que aprender muchos cuentecitos para poderme librar de estas pagas, si alguna vez hago algo de mal.

Bdelicleonte.— Andale, pues, adelante y que nadie nos detenga.

*Van saliendo con un esclavo que lleva la comida en una cesta.*

Coro.—Muchas veces he pensado que yo soy persona lista y que nada tengo de tonto. Pero más listo es Aminias, el hijo de Selo, y de la casta de Crobildo. Ese que yo vi una vez que iba a cenar con Leágoras, y que llevaba en las manos una manzana y una granada, y vamos que es más tragón que Antifón. Y eso que fue embajador que iba a Farsalia misma y vivía entre los penestas, siendo él también pobretón.

Y tú, infeliz Automenes, cuánto envidiamos tu dicha, por haber dado esos hijos tan peritos en el arte.

— laguna en el texto —

Ese primero, tan diestro en el toque de la cítara, con tan graciosa manera para acompañar su canto. Y el otro, que es un actor al que todos felicitan, y al fin viene Arifrades el que mejor tiene dones, y su padre declaraba que todo lo aprendió él solo, con usar mucho la lengua cuando andaba por los burdeles.

Y hay personas que ahora piensan que ya me reconcilié con Cleonte porque éste me daba guerra y me estaba mortificando. Pero la verdad es otra. El me estaba fregando, pero yo le daba batería con gritos, para hacerlo irritar más y de tiempo en tiempo le hacía sus versos. Ahí va uno: Se le fue la liebre de las manos. A la vid le falta un apoyo.

Xantias. *(Llega dando gritos y frotándose los costados.)* Ay, ay, quién fuera tortuga... tienen su caparazón... Lisistratas y bien entendidas, cuando tal defensa tuvieron. Pero yo vengo molido a fuerza de bastonazos.

Coro.—¿Qué te pasó, mi chiquito? porque un hombre es un chiquito, cuando se deja pegar. Y no importa que sea viejo.

Xantias.—¡Vaya que el viejo éste es lo peor de lo peor! Entre los que estaban en el banquete es el que más cae bajo el peso del vino. Estaba allí Hipilo, Antifonte, Licón, Lisistrato, Teofrasto y la pandilla de Frínico. A todos estos superó en su exaltación desaforada y con mucho. Ya que se hubo repletado de muy buenas cosas, se puso a dar saltos, a bailar, a dar eructos, a burlarse de todos, a grandes carcajadas y a hacer mil tonteras, como un burro bien harto de comida. Luego vino a darme golpes como si fuera él un joven y decía a grandes voces: "Muchacho, muchacho".

Cuando lo vio Lisistrato le dijo estas palabras: Te parece a frigio recién elevado a la riqueza, o a un burro que

corre ansioso a la paja.

Y él por su parte dando grandes gritos le respondió: Y tú te pareces a un chapulín que tiene un manto tan ralo que se le cuentan los hilos, o bien a Estenelo, que andaba siempre en pelota.

Todos lo aplaudían, menos Teofrasto que le hacía un gesto como hombre de educación.

Pero el viejo no paró. Se encaró con Teofrasto y le dijo: Dime, ¿por qué te haces el grandioso y bien nacido, si eres un puro payaso que vives a costa de los que se elevan por su maña?

Y en esta forma siguió diciendo necedades injuriosas a todos los comensales y contando cuentecitos que no venían al caso, por lo rústicos y tontos.

Ya que estaba bien bebido se metió para la casa dando golpes a todo el mundo, si se le ponía delante.

¡Ahí les viene haciendo esos! Yo me escurro, no sea que me repita los golpes.

*Entra Filocleonte con una antorcha en la mano y totalmente ebrio. Viene con él una flautista enteramente desnuda y algunas personas a quienes él golpeó.*

Filocleonte.—¡Alza la antorcha, deja pasar...! *(Se vuelven a los que lo siguen.)*

¡Fuera el que siga mis pasos! Si no se me largan luego, los quemó con esta antorcha, ¡ay, malditos!

Uno de los convidados.—¡Será, pero mañana nos vas a pagar todo, a pesar de tus fierezas! Ya vendremos todos juntos a consignarte al tribunal.

Filocleonte.—¡Ja, ja, ja! ¡A consignarme! ¡Que cosas viejas me dicen! Ya no tengo yo que ver con procesos...

¡Fuchi, fuchi! Miren la que ahora me gusta (*Señala a la flautista*). ¡Ya las urnas se acabaron! ¿hay alguno que tenga ganas de juicio? ¿en dónde estará el juez? ¡Vaya al diablo!

(*Se vuelve a la flautista.*)—Vente, pimpollito de oro, agarra bien esta cuerda para que puedas subir. No te vayas a caer. Ya está vieja la cuerda, pero aún le gusta que la froten. Viste bien cómo te cuidé cuando los convidados intentaban propasarse contigo en cosas sucias. Lo tienes que agradecer a esta cosita. Ya lo sé que no harás muy buen uso y me dejarás frustrado como dejaste a otros, ¡y en qué forma! Pero si ahora no eres malita como mujer, yo te prometo que, cuando muera mi hijo, pagaré tu rescate en el burdel y he de hacerte mi compañera, ¿verdad, chulita? Ahora no puedo disponer de mis bienes. Estoy muy joven y me tienen muy en guarda. Mi hijito me cuida mucho y es muy fastidioso y tan tacaño que se pone a partir un comino y a quitarle a los berros la pelusa. Siempre está con temor de que yo me pierda, porque no tiene otro papá.

Pero ahí viene; viene acá a donde estamos los dos. Quédate allí de una pieza y toma bien tu antorcha. Yo le voy a hacer una treta como me las hacía él a mí antes de darme luces del misterio

Bdelicleonte.—¡Tal por cual, tal por cual, viejo verde ya estoy viendo que te gusta comer truchas...! ¿Enamorado a tu edad? Creo que mejor te caería un féretro bien labrado. ¡Por Apolo, sí que no harás eso sin castigo!

Filocleonte.—¿Qué no te gustaría comerte un proceso a la vinagreta?

Bdelicleonte.— Ya es mucho. Después que les escamoteaste la falutista a los convidados, te me pones a hacer chistes.

Filocleonte.— ¿Qué flautista? Estás chiflado, y me hablas como el que dejó de ser burro.

Bdelicleonte.— ¿Qué flautista? ¡Por Zeus, mírala: está ante ti y es de Dárdanos!

Filocleonte.—No, señor, era una antorcha que lucía en el ágora ante los dioses.

Bdelicleonte.—¿Conque una antorcha? ¿No?

Filocleonte.—Una antorcha, sí señor. ¿No ves qué bien distribuida?

Bdelicleonte.—¿Y lo negro que tiene en medio?

Filocleonte.—¡Vaya, eso sólo es la brea que se la va derritiendo!

Bdelicleonte.—Y, ¿por qué está por detrás más gordita que por enfrente?

Filocleonte.—Es un nudo de la antorcha que le sobresale.

Bdelicleonte.—¿Conque un nudo, no? (*A la flautista.*)—¿Te vienes conmigo o no?—(*La toma de la mano.*)

Filocleonte.— ¡Qué hubo, qué hubo!... ¿qué dijiste? ¿Qué es lo que intentas hacer?

Bdelicleonte.—Te la quito y me la llevo. Tú ya no sirves para eso.

*Toma a la flautista para llevarla al interior.*

Filocleonte. (*Al público.*)—Favor de oírme ahora. En la Olimpiada yo fui uno de los que iban delante. Vi cómo Eufodión luchó contra Ascondas y con gran resultado, a pesar de ser viejo. Le bastó un puñetazo para echar por tierra al joven. Conque... cuidado de tener los ojos rotos.

Bdelicleonte.—¡Vaya, qué bien aprendiste las lecciones de la Olimpiada.

Llega una panadera con su canastón vacío con Querefonte como testigo. Habla con éste:

Panadera.—Ahora, haz tu oficio y ayúdame. Te lo pido por los dioses. Este es el hombre que me echó a perder mi negocio. Soltó su antorcha, la dejó caer y dejó vacío mi canastón. ¡Panes de a diez óbolos y panes de a cuatro... y todo me dó por las calles, por haber agitado su antorcha!

Bdelicleonte. (A su padre.) — ¿Lo estás mirando? ¿Ves lo que has hecho? Tu vinito nos está llenando la casa de conflictos judiciales.

Filocleonte.—Nada de eso. Esos conflictos se arreglan, y ella se me queda a mí.

Panadera.—¡No por las dos diosas; te vas a reír como quiera de Mirta, hija de Anquilión y Sosastre! Es que me ha echado a perder todita mi mercancía.

Filocleonte.—Oyeme, mujer. Te quiero decir algo. De grado contenido es.

Panadera. — ¡Por Zeus, no me vengas con cuentos, resbaloso!

Filocleonte.—Una noche volvía Esopo de un banquete y una perra impúdica y borracha se puso a ladrarle. Lo que él dijo fue esto:

—Perra, perra, si en vez de mover tu maldita lengua fueras capaz de comprar un poco de trigo, por Zeus que sería discreta.

Panadera.—¿Todavía te estás burlando de mí? Seas quien seas, yo te cito al tribunal para que me pagues la mercancía perdida. Aquí tienes a Querefonte que es mi testigo.

Filocleonte.—Por Zeus que no. Pero óyeme lo que te voy a decir. Lasos discutía una vez con Simonides el precio de un premio. Y Lasos dijo: A mí poco me importa.

Panadera. (Al testigo.)—Verdad es, amigo mío.

Filocleonte. (Al mismo testigo.) Buena cara tienes Querefonte, ¿y te pones a ser testigo de ésta tan paliducha como un muerto; de esta Ino que se arroja a los pies de Eurípides?

Salen la panadera y su testigo. Llega un hombre bien maltratado con su testigo también.

El hombre.—¡Ay, infeliz de mí. Te acuso, oh anciano, por ofensa!

Bdelicleonte.—Aquí tienes otro acusador. También mueve querrela contra ti, y trae su testigo.

Filocleonte. (A esto queda callado.)

Bdelicleonte. — ¿Conque por ofensas? No lo demandes, por los dioses. Yo te pagaré en su lugar la reparación que tú exijas y te quedaré muy agradecido.

Filocleonte.—Déjame a mí. Yo arreglaré las cosas. Ciertamente di golpes y eché por allí piedras. (Al quejoso): Pero, vamos a ver: ¿Fijo yo, o fijas tú la cantidad que he de darte? Si lo primero, seguiremos muy amigos. Si lo otro, tú sabes...

El hombre.—Di tú, pues. Yo de pleitos y procesos no quiero saber nada.

Filocleonte.—Cierta hombre de Síbaris se cayó del carro y se rompió la cabeza. Y de modo muy grave. No sabía manejar. Vino un amigo suyo y le dijo muy cuerdo: "Cada uno obre en lo que sabe hacer." Eso te digo, vete a que te cure Pítalo.

Bdelicleonte.—¡Eres el mismo, obras como en otros casos!

El hombre. (A su testigo.)—Ten presente la respuesta que me ha dado.